



La telaraña de Carlota



COLECCIÓN PLANETA ROJO

Título original: Charlotte's Web

© del texto, E.B. White, 1952

© de las ilustraciones, Garth Williams, 1952

© 1980, copyright renovado del texto por E.B. White

© 1980, copyright renovado de las ilustraciones por Garth Williams

© de la traducción, Guillermo Solana Alonso

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Segunda edición en Chile | enero 2018

ISBN | 978-956-360-067-4

Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

La telaraña de Carlota

E. B. WHITE

Ilustraciones de **Garth Williams**

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

I. Antes del desayuno

—¿Adónde va papá con esa hacha? —preguntó Fern a su madre mientras ponían la mesa para el desayuno.

—Al establo —replicó la señora Arable—. Anoche nacieron unos cerditos.

—No veo por qué necesita el hacha —continuó Fern, que sólo tenía ocho años.

—Bueno —respondió su madre—. Uno de los lechones es raquítico. Está muy débil y pequeño y jamás llegará a nada. Así que tu padre ha decidido acabar con él.



—¿Acabar con él? —chilló Fern—. ¿Quieres decir que va a matarlo? ¿Y sólo porque es más pequeño que los demás?

La señora Arable puso un cuenco de nata sobre la mesa.

—¡No grites Fern! —dijo—. Tu padre hace bien. De cualquier modo el cerdo morirá, probablemente.

Fern apartó una silla de un empujón y corrió afuera. La hierba estaba húmeda y la tierra olía a primavera. Cuando alcanzó a su padre, las zapatillas de Fern estaban empapadas.

—¡Por favor, no lo mates! —gritó llorando—. ¡Es injusto!

El señor Arable se detuvo.

—Fern —le dijo cariñosamente— tienes que aprender a dominarte.

—¿A dominarme? —chilló Fern—. Es una cuestión de vida o muerte y tú me dices que me domine.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la niña. Trató de quitarle a su padre el hacha.

—Fern —le explicó el señor Arable—. Yo sé más que tú acerca de criar una camada de cerdos. Uno que nazca débil es siempre causa de problemas. ¡Ahora, vete corriendo!

—Pero es injusto —gritó Fern—. No es culpa del cerdito hacer nacido tan pequeño. ¿Me habrías matado a mí si yo hubiera sido muy pequeña cuando nací?

El señor Arable se sonrió.

—Pues claro que no —dijo mirando con cariño a su hija—. Pero esto es diferente. Una cosa es una niña pequeña y otra muy diferente un cerdo débil.

—Yo no veo la diferencia —replicó Fern, agarrando todavía el hacha—. Este es el caso más terrible de injusticia que yo haya conocido.

Una curiosa mirada asomó a la cara de John Arable.

—De acuerdo —dijo—. Vuélvete a casa y yo te llevaré el lechón. Empezarás por darle la mamadera, como si fuera un bebé. Ya verás entonces todo el trabajo que eso supone.

Cuando media hora más tarde regresó a su casa, el señor Arable llevaba una caja de cartón bajo el brazo. Fern estaba arriba, cambiándose de calzado. La mesa de la cocina estaba preparada para el desayuno y la habitación olía a café, a tocino, a yeso húmedo y al humo de la madera que ardía en el fogón.

—¡Déjalo en su silla! —dijo la señora Arable. Y el señor Arable puso la caja de cartón en el sitio reservado a Fern. Luego se acercó al lavaplatos, se lavó las manos y se las secó en la toalla.

Fern bajó lentamente las escaleras. Sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. Cuando se acercó a su silla, la caja de cartón se agitó y se oyó el ruido que el lechón hacía al frotarse contra los costados. Fern miró a su padre. Luego levantó la tapa de la caja. Allí dentro,

observándola, estaba el cerdito recién nacido. Era blanco. La luz de la mañana traspasaba sus orejas, volviéndolas de un color rosa.

—Es tuyo —dijo el señor Arable—. Salvado de la muerte prematura. Y que el Señor me perdone por cometer esta tontería —Fern no podía apartar los ojos del cerdito.

—Oh —murmuró— mírenlo. Es verdaderamente perfecto. Cerró cuidadosamente la caja. Primero besó a su padre y luego besó a su madre. Después volvió a levantar la tapa y sacó el cerdito, apretándolo contra su mejilla. En aquel momento entró en la cocina su hermano Avery. Avery tenía diez años. Iba armado. En una mano llevaba una escopeta de aire comprimido y en la otra una daga de madera.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué es lo que tiene Fern?

—Ha traído a desayunar un invitado —respondió la señora Arable—. ¡Avery, lávate las manos y la cara!



—¡Vamos a verlo! —dijo Avery, dejando su escopeta—. ¿Y tú crees que este animal es un cerdo? ¡Vaya cerdo, no es mayor que una rata blanca!

—¡Avery, lávate y toma desayuno! —dijo su madre—. Dentro de media hora estará aquí el autobús de la escuela.

—¿Me vas a regalar un cerdo a mí también papá? —preguntó Avery.

—No, yo sólo regalo cerdos a los que madrugan —replicó el señor Arable—. Fern se levantó con el día para tratar de librar de injusticias al mundo. Y como resultado, ahora tiene un cerdito. Desde luego es muy pequeño, pero al fin y al cabo se trata de un cerdo. Eso sólo demuestra lo que puede conseguir una persona cuando se levanta temprano. ¡Ya a desayunar!

Pero Fern no podía comer hasta que su cerdito hubiese tomado leche. La señora Arable encontró una mamadera con su chupete de goma. Vertió leche tibia en la botella, ajustó el chupete a la boca de ésta y se la entregó a Fern.

—¡Dale su desayuno! —dijo.

Un minuto más tarde, Fern estaba sentada en el suelo en un rincón de la cocina con su criatura entre las rodillas, enseñándole a mamar del biberón. El cerdito, aunque menudo, tenía buen apetito y aprendió muy pronto.

Oyeron la bocina del autobús que llegaba por la carretera.



—¡Corran! —les dijo la señora Arable, quitándole el cerdito a Fern y poniéndole en sus manos un queque. Avery se apoderó de su escopeta y de otro queque.

Los niños corrieron hasta la carretera y subieron al autobús. Fern no se fijó en los demás chicos que había dentro. Se sentó, miró por la ventanilla y pensó que éste era un mundo maravilloso y que ella era muy afortunada por tener que ocuparse de un cerdito. Cuando el autobús llegó a la escuela, Fern ya le había encontrado nombre, eligiendo el que le pareció más bonito entre los que se le ocurrieron.

—Se llama Wilbur —murmuró para sí misma.

Aún seguía pensando en el cerdito cuando la profesora dijo:

—Fern, ¿cuál es la capital de Pennsylvania?

—Wilbur —replicó Fern, todavía en las nubes. Sus compañeros se echaron a reír y Fern se ruborizó.

II. Wilbur

Fern quería a Wilbur más que a nada en el mundo. Le gustaba acariciarlo, alimentarlo y dormirlo. Cada mañana, en cuanto se levantaba, calentaba su leche, ajustaba el chupete y sostenía la mamadera para que bebiera. Cada tarde, cuando el autobús se detenía frente a su casa, saltaba a la carretera y corría a la cocina para prepararle otro biberón. Volvía a darle leche a la hora de cenar, y de nuevo antes de irse a la cama. La señora Arable se encargaba de darle una mamadera a mediodía, cuando Fern estaba en la escuela. A Wilbur le gustaba la leche y jamás se sentía tan bien como cuando Fern se la calentaba. Permanecía alzado sobre sus patas, mirándola con ojos de adoración.

Durante los primeros días de su vida, a Wilbur se le permitió vivir en una caja, cerca del fogón de la cocina. Luego, cuando la señora Arable se quejó, fue trasladado a una caja más grande, en la leñera. Cuando cumplió dos semanas, lo llevaron afuera. Era el tiempo en que florecen los manzanos y los días se hacían ya más templados. El señor Arable dispuso especialmente para Wilbur un corralito bajo un manzano, con un cajón grande lleno de

paja en el que abrió un agujero para que entrara y saliera cuando quisiera.

—¿No tendrá frío por la noche? —preguntó Fern.

—No —dijo su padre—. Obsérvalo y fíjate en lo que hace.

Con un biberón en la mano, Fern se sentó bajo el manzano dentro del corralito. Wilbur corrió hacia ella y Fern sostuvo la botella mientras el cerdito chupaba. Cuando acabó hasta la última gota, gruñó y, adormilado, se metió en el cajón. Fern miró por el agujero. Wilbur hurgaba en la paja con su hocico. En muy poco tiempo abrió un túnel en la paja. Se metió en el túnel y desapareció de la vista, completamente cubierto por la paja. Fern se sintió encantada. Se tranquilizó al saber que su bebé dormiría tapado y que estaría calentito.



Cada mañana, después del desayuno, Wilbur acompañaba a Fern hasta la carretera y esperaba con ella a que llegase el autobús. Ella le decía adiós con la mano y él se quedaba mirando el autobús hasta que desaparecía en una curva. Mientras Fern se hallaba en la escuela, Wilbur permanecía encerrado en su corralito. Pero en cuanto Fern llegaba a casa por la tarde, lo sacaba y el cerdito la seguía por todas partes. Si iba a la casa, Wilbur iba también. Si subía al piso de arriba, Wilbur se quedaba esperando al pie de la escalera hasta que bajaba. Si sacaba a pasear su muñeca en el cochecito, Wilbur iba detrás. A veces Wilbur se cansaba y entonces Fern lo sujetaba y lo ponía en el cochecito junto a la muñeca. A Wilbur le gustaba esto. Y si estaba muy cansado, cerraba los ojos y se dormía bajo la manta de la muñeca. Se veía muy tierno con los ojos cerrados porque tenía las pestañas muy largas. La muñeca cerraba también los ojos, y Fern empujaba su cochecito muy despacio y con mucho cuidado para no despertar a sus niños.

Una noche de calor, Fern y Avery se pusieron los trajes de baño y fueron a nadar por el arroyo. Wilbur corrió tras Fern. Cuando ella se metió en el arroyo, Wilbur se metió también. Pero el agua le pareció demasiado fría. Así es que mientras los niños nadaban, jugaban y se echaban agua, Wilbur se entretuvo en el barro de la orilla. Allí hacía calor, había humedad y la tierra estaba deliciosamente pegajosa y fangosa.



Cada día era un día feliz y cada noche era una noche tranquila.

Wilbur era lo que los granjeros llaman un cerdo de primavera, que significa simplemente que nació en esa época del año. Cuando cumplió cinco semanas, el señor

Arable dijo que era suficientemente grande para venderlo y que habría que hacerlo. Fern se echó a llorar. Pero su padre se mostró firme. El apetito de Wilbur había aumentado; empezaba a comer sobras de la comida junto con la leche. El señor Arable no estaba dispuesto a alimentarlo por más tiempo. Había vendido ya diez hermanos y hermanas de Wilbur.

—Tiene que irse, Fern —dijo—. Ya te has entretenido criando al cerdito, pero Wilbur ya no es un bebé y hay que venderlo.

—Llama a los Zuckerman —sugirió la señora Arable a Fern—. Tu tío Homer cría a veces cerdos. Y si Wilbur va a vivir allí, podrás bajar por la carretera y verlo cuando se te antoje.

—¿Cuánto dinero debo pedir por él? —preguntó Fern.

—Bueno —dijo su padre— es flaco. Di a tu tío Homer que tienes un cerdo y que estás dispuesta a vendérselo por seis dólares. A ver qué te responde.

Pronto se arregló todo. Fern llamó por teléfono y contestó su tía Edith. Tía Edith le gritó a tío Homer, y tío Homer vino del establo y habló con Fern. Cuando supo él que el precio era sólo seis dólares, respondió que compraría el cerdo. Al día siguiente, sacaron a Wilbur de su casita bajo el manzano. Fue a vivir en un montón de estiércol en los bajos del establo de los Zuckerman.

III. Escapada

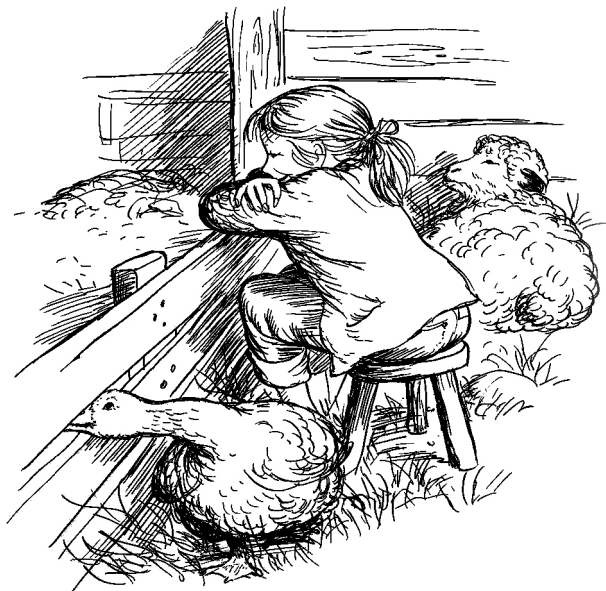
El establo era muy grande. También era muy viejo. Olía a heno y a estiércol. Olía a sudor de caballos fatigados y al maravilloso aliento dulzón de las pacientes vacas. Era un olor que daba paz, como si nada malo pudiera volver a suceder en el mundo. Olía a grano y al cuero de los arneses y a la grasa de los ejes de los carros y a la goma de las botas de cáñamo de las cuerdas. Y siempre que le daban a un gato la cabeza de pescado, todo el establo olía a pescado. Pero sobre todo olía a heno, porque siempre había mucho en el desván de la parte superior del establo. Y siempre había que bajar de allí heno para las vacas, para los caballos y para las ovejas.

El establo mantenía un calorcillo agradable en invierno, cuando los animales pasaban la mayor parte del tiempo bajo techo, y un fresco agradable en verano cuando las grandes puertas, abiertas de par en par, dejaban entrar la brisa. En su planta principal, el establo tenía pesebres para los caballos de tiro y argollas para atar las vacas. Más abajo se encerraban las ovejas y había un chiquero para Wilbur, y estaba lleno de todas esas cosas que hay en los establos: escaleras de mano, piedras de

afilar, llaves inglesas, cortacésped, palas para quitar la nieve, hachas de mano, cántaros de leche, baldes para el agua, sacos de grano ya vacíos y ratoneras enmohecidas. Era esa clase de establo que se traga todo como si todo le sirviera. Era esa clase de establo en donde a los niños les gusta jugar. Y todo aquello era propiedad del tío de Fern, el señor Homer L. Zuckerman.

El nuevo hogar de Wilbur, en el piso inferior del establo, se hallaba directamente bajo el lugar que ocupaban las vacas. El señor Zuckerman sabía que un buen montón de estiércol es un buen lugar para tener un cerdo pequeño. Los cerdos necesitan calor y allá abajo, junto a la pared del Sur, la temperatura resultaba agradable y se estaba bien.

Fern acudía a verlo casi todos los días. Encontró una vieja banqueta de ordeñar que ya habían dejado por inservible y la colocó en el redil de las ovejas junto al chiquero de Wilbur. Allí pasaba en silencio las largas tardes, pensando, escuchando y observando a Wilbur. Pronto la conocieron las ovejas y empezaron a confiar en ella. Lo mismo les sucedió a las ocas que vivían con las ovejas. Todos los animales confiaban en ella porque los trataba bien. El señor Zuckerman no la dejaba sacar fuera a Wilbur ni tampoco permitía que entrara en la pocilga. Pero dijo a Fern que podía sentarse en la baqueta y observar a Wilbur tanto tiempo como quisiera. Se sentía feliz estando cerca del cerdo y a Wilbur también



le hacía feliz ver que ella estaba allí, justo al otro lado de su chiquero. Pero ya no volvieron a repetirse para él los buenos momentos; ya no había paseos, ni viajes en cochecito, ni baños.

Una tarde de junio, cuando Wilbur tenía ya casi dos meses, salió a su pequeño patio fuera del establo. Fern no había llegado para su visita habitual. Wilbur se quedó al sol, sintiéndose solo y aburrido.